# La ciudad de las mujeres

**La ciudad de las mujeres**
J. M. Mejía Esteban

**Editado por:**
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418109652
Depósito Legal: SE 192-2020

Maquetación y producción
© 2019 J. M. Mejía Esteban
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Diseño de cubierta:
© Andrés Molina Arribas
© J.M. Mejía Esteban

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

# La ciudad de las mujeres

J. M. Mejía Esteban

*Dedicatoria*

# Listado de personajes

## Personajes Siglo XXI

**Oliver Durán Viteri**.- Candidato principal a liderar el viaje.

**GÉNESIS XXIII** (Organización de origen Nórdico)

Lars Hansen.- Director General de la organización Génesis XXIII
Olga Astrid.- Directora General España Génesis XXIII
Carla Hageback.- Asistente de Olga y Directora de Análisis Génesis XXIII
Tony Smart.- Director Técnico y de Proyectos
Begoña Vílchez.- Jefa de laboratorios.
Víctor.- Agente Servicio Internacional Inteligencia Génesis XXIII
Anna.- Agente Servicio Internacional Inteligencia Génesis XXIII
Carlos.- Agente Servicio Inteligencia
Edgar.- Agente Servicio Inteligencia
Jon Eguiguren.- Agente Servicio Inteligencia
Alberto.- Agente Servicio Inteligencia. Conserje
Laura.- Asistente de Génesis XXIII. Doble Agente infiltrada

**RAER** (Organización de origen nórdico)

Mikel Solberg.- Director General de RAER
Mario Caralt.- Jefe Servicio Inteligencia RAER
Marcus.- Responsable de equipo Servicio Inteligencia RAER
Noa.- Agente Servicio Inteligencia
Paquito.- Agente Servicio Inteligencia.
Robert.- Director Técnico del Proyecto
Fabio.- Responsable de Información e Infraestructuras
Enma.- Asistente de Mikel Solberg

**OTROS**

Sahara.- Amiga íntima de Oliver.

Profesor Ribau y profesor Salgado.- Catedráticos y amigos de Shara y Oliver.

Brighit.- Amiga danesa de Carla y amante de Mario

Pol.- Amigo desde la infancia de Mario

## Personajes siglo XI

**BELDIN** (Ciudad del Reino de Lowland)

Kurth.- Huérfano adoptado por el Grupo GÉNESIS XXIII.

Theo.- Joven de la familia Harrison.

Kilian.- Joven inseparable de Theo.

Steven Harrison.- Padre de los Harrison. Pastelero.

Señora Elvia.- Madre de los Harrison. Pastelera.

Janice Harrison.- Hija bella y deseada por todos los solteros de Beldyn.

Miner Harrison.- Hijo escribá. Su rareza le hace ser bello internamente.

Bryan, Jack, Nancy y Bet Harrison.- Resto de hermanos de la familia Harrison.

Señora Kalla.- Madre del pelirrojo Kilian. Viuda.

Comisario Therry.- Hermano de Kilian. Gran guerrero y autoridad.

Comisario Peet.- Compañero inseparable de Therry. Gran guerrero y culto.

Intercesor.- Máxima autoridad del Consejo de mayores de Beldin.

Consejero Crawn.- Traidor al reino de Lowland.

Philip Palaces.- Afamado cocinero del Reino de Lowland.

Olaf.- Antepasado Generación de Género.

**DENTON** (Pequeña ciudad del Reino de Lowland)

Consejero Real.- Máxima autoridad de la Ciudad

El Nontium.- Persona encargada de dar las noticias con toque de cuerno de carnero

Helen.- Tía del huérfano Kurth

August.- Tío del huérfano Kurth

Margarit.- Sirvienta del Palacio del Consejero Real. Arquera del ejército

## CONDES, DUQUES Y CABALLEROS

Conde Raphael.- Conde de Rheged y más tarde Capitán Raphael

Conde Lawson de Widthfield.- Traidor del Reino de Lowland

Conde Stewar de Tebak.- Fiel al Reino de Lowland

Duque Estuardo de Mursalf.- Traidor del Reino de Lowland

Conde Arthur Graham de Rysen.- Fiel al Reino de Lowland

Condesa Vika de Rysen.- Esposa de Arthur Graham

Conde Jacobo de Carnwaht.- Fiel al Reino de Lowland

Condesa Alpina de Carnwath.- Esposa de Jacobo

Conde Canut de Merit.- Traidor del Reino de Lowland

Rey Zácari.- Rey del Reino de Ganstad

Lois.- Caballero a las órdenes del Conde Arthur Graham de Rysen

Martín Lindgren.- Caballero a las órdenes del Conde de Rheged

Capitán Amaty.- Capitán de Murslaf, leal al Reino de Lowland

Martha de Width.- Madre de Gunvara. Con ella comenzó la 1ª generación de género tras la maldición vikinga.

Capitán Airam.- Hermano de Amaty

Capitán Mobad.- Primo de Amaty

## SILVERCORK

Duquesa Gilberta.- Máxima autoridad de la Ciudad de Silvercork y Generala del ejército de arqueras

Gunvara.- Arquera Mayor del ejército de Silvercork. Mano derecha de la Duquesa Gilberta

Bernard.- Tabernero de Silvercork

Ruth.- Arquera Mayor del ejército de Silvercork y amiga de Janice.

Capitana Lía.- Arquera Mayor del ejército de Silvercork

Capitana Iona.- Arquera Mayor del ejército de Silvercork

Capitana Ragna.- Arquera Mayor del ejército de Silvercork

Capitana Daracha.- Arquera Mayor del ejército de Silvercork

Capitana Kristen.- Arquera Mayor del ejército de Silvercork

Seren "Pierna Larga".- Jefa del Cuerpo de Guardia de Silvercork

Rósary.- Regenta la Panadería de Rósary y la biblioteca de Silvercork

**RELIGIOSOS CONVENTO SAN ANDRÉS**

Padre Ludovico.- Abad del Convento de San Andrés

Padre Tristán.- Religioso del Convento. Mano derecha del Abad

Padre Michel.- Religioso luchador, fuerte y rebelde

Padre Fred.- Religioso del Convento

Hermano Frederick.- Religioso del Convento

Hermano Dick.- El más joven del Convento de San Andrés

Lorna y Eufhemia.- Cocineras del Convento de San Andrés

**REINO DE NADUR**

Rey Breogán.- Rey de Nadur. Buen Rey de buen corazón

Jefe David.- Jefe superior de la guardia del Rey Breogán

Breixo. Capitán de Navío

Heitor.- Primer Oficial de Navío

**Y ALGUNOS OTROS**

Beneito, paisano poco colaborador; Lluvia, Bruxa amable; cuatro paisanos robados; y el otro Martín.

# Bosque Bridfor

Como cada noche, el bosque dormía tranquilo, silencioso aunque con sus vidas ocultas bajo la hojarasca y la gran variedad de aves dormitando, que la naturaleza había regalado en abundancia a este maravilloso lugar. Noche fresca, húmeda y oscura pues la luna no había aparecido desde hacía cuatro crepúsculos. Calma habitual por esta zona tras los tres últimos años, desde que tuvo por estos lares una gran trifulca, más bien masacre, entre dos grupos de maleantes, bandidos y buscavidas. Desde entonces el bosque Bridfor no había vuelto a ver episodios ni buenos, ni malos, nada que alterase esta tranquilidad natural.

En un instante comenzaron a oírse galopadas a toda prisa con un sonido exageradamente claro, que parecieran corresponder a un solo rocín. Llevaba demasiada prisa o demasiada angustia. Al no haber apenas luz, cada metro que avanzaba suponía un alto riesgo de estamparse contra cualquier imprevista rama o árbol que se le apareciese repentinamente en su alocada y desesperada huida provocando su pertinente batacazo. El jinete no era consciente del peligro que corría. ¿O quizá era mayor el peligro del que estaba huyendo? Si fuese así, debería escucharse tras él, el galope de su perseguidor o de quienquiera que le estuviese acosando. Pero una vez bien adentrado ya en el bosque, el animal fue perdiendo fogosidad y comenzó a rebajar el grado de angustia que al principio transmitía. Poco a poco el galope cedió, ni siquiera era ya un trote ahora en la noche, lo que se escuchaba era el jadeo de aquel hombre que montaba un precioso caballo marrón cobrizo y brillante. Su cara reflejaba temor, angustia y agotamiento. Su mano acariciaba el cuello del caballo, calmando y agradeciéndole. Paró totalmente e intentó agudizar el oído para cerciorarse de que no había perseguidores. Tres, cuatro minutos sin mover al animal del sitio, ya sin jadeos, solo el oído afinado.

—Bien — se dijo así mismo y a su caballo — parece que los hemos perdido.

Su rostro se relajó y sus músculos también. Emprendió la marcha muy despacio, al paso. El cansancio y el sueño se iban apoderando de él. Buscó cobijo en una minúscula vaguada que le sugirió recogimiento, donde amarró a un árbol al animal a unos diez pasos de él y se recostó acurrucándose casi en posición fetal. Un ojo abierto y otro cerrado, quizá tuviera que escapar repentinamente, eso pensó él, pero ni por asomo. Al cabo de menos de dos minutos sucumbió rendido.

Cuatro jinetes se acercaban por el páramo antesala de bosque Bridfor. No forzaban la marcha, más bien trote, eso sí, la cabeza erguida como si se les fuese a salir de su propio cuerpo. Sin duda buscaban. Tres de ellos portaban antorchas que no dejaban ver más allá de veinte metros.

Bosque Bridfor no era demasiado extenso, pero sí lo suficiente como para albergar un par de aldeas en su interior, un río, dos viejos puentes y algo de caza. No ocupaba más de cuarenta hectáreas, pero era lugar para perderse si no dominabas el entorno.

Desde el sur, Bosque Bridfor era el preludio de una franja de tierra sin dueño en la zona central del Reino de Lowland (tierra baja). Antes de adentrarse en el bosque, grandes praderas de un verdor increíble invitaban al galope. Era la parte más oriental del Condado de Widthfield. Habría que atravesar el bosque para darse de bruces con la pequeña y tranquila ciudad de Beldyn, ya fuera de los dominios del condado.

El Reino de Lowland estaba constituido por nueve condados y ducados. Todo el oeste del reino daba al mar; el norte y sur, con abundantes cordilleras, limitaban con otros reinos y al este se encontraba la peligrosa frontera con Ganstad, el mayor y más poderoso reino conocido por estos tiempos en la gran isla. Y justo en medio de todo aquel maremágnum de territorios se encuentra la pequeña e independiente ciudad de Beldyn. Independiente de todos y de todo, hasta de sí misma, pues no se le conocían reyes, duques, condes ni señores feudales que fijasen fronteras, ni límites, ni leyes. ¿A quién le iba a importar ser el amo de "nada"? Nada, nada de nada, solo el albedrío de su naturaleza, libertad, leyendas, buena caza y mejor pesca y poco más. La paradoja es que esa nada, en realidad para quienes allí habitaban lo era todo. Todo lo que cualquier ser libre soñaría, pero ni siquiera quienes allí moraban eran consciente de ello. Los bosques son bosques, solo eso, pero todo lo que hay detrás

de Bosque Bridfor estaba por descubrir. Por si fuera poco, a todo ello habría que añadir su estratégica situación en los mapas de la época. Quizá, quién sabe, fuese el paso para que el Reino de Ganstad algún día saliera al Mar de Occidente.

—Maldito bastardo, ¿cómo ha podido escapar ese malnacido? — clamaba uno de los cuatro jinetes en plena oscuridad de la noche. Los otros tres intentaban alumbrar, pero frente a ellos se les presentaba un panorama aún más oscuro si cabe, ya que la vegetación no les ayudaba en absoluto a atrapar su presa.

—Señor, seguro que ese perro logró adentrarse en el maldito bosque — señaló uno de los tres que portaban antorchas.

—¿Crees que soy imbécil? — le contestó enrabietado. — Seguidme — ordenó el Jefe Ross.

Emprendieron la marcha muy, muy despacio evitando hacer ruido, solo el ineludible de las pausadas pisadas de sus caballos. Cada dos o tres minutos paraban la marcha y escuchaban. Era lo único que podían hacer, ya que las antorchas cada vez se iban consumiendo más y su resplandor se turbaba ya bastante tenue. Así les era imposible ver nada ni a nadie. Siguieron durante quince minutos más sin ningún resultado.

—Osik, ya es suficiente, salgamos de aquí — ordenó Ross. — No merece la pena perder ni un minuto más por un miserable ladrón de carne. La próxima vez espero no se os escape un gañán como este, o lo pagareis caro.

Los cuatro jinetes de mal aspecto se alejaban de Bosque Bridfor. Aquella fugaz incursión no pasó inadvertida para Theo y Kilian, dos muchachos que se hallaban encaramados a un árbol y que estaban siendo invitados de excepción de la frustrada persecución. Pero cuando los cuatro caballeros ya habían iniciado el regreso, de forma brusca y repentina, el jefe Ross dio media vuelta a su caballo sin mediar palabra, trotó sobre sus pasos y tomando de su porta saetas una fina y bien afilada flecha, cargó su arco y sin apenas apuntar, disparó con violencia hacia las alturas de las copas que quedaban frente a él. Había oído algo.

¡¡Siuuuf!! El pelirrojo Kilian ya había comenzado a brincar por las alturas, pero a Theo le pasó a menos de medio metro del cuello aquella envenenada flecha. Quedó paralizado por completo. Tardó en reaccionar. A punto estuvo de ser alcanzado por una flecha lanzada al azar en

plena oscuridad y que sin duda, le hubiese hecho caer de las alturas a más de ocho metros y muy probablemente le hubiese causado la muerte. El jefe Ross esperó. Pasado un suspiro volvió con sus compañeros, que no entendieron nada y desaparecieron galopando en la oscuridad de la noche. Kilian ya se encontraba a cierta distancia. Le extrañó la tardanza de su amigo, por eso decidió esperar y al cabo de unos angustiosos segundos vio aparecer a Theo saltando de rama en rama, quizá de forma más silenciosa que otras veces. La profunda oscuridad de esa noche impidió ver la palidez que se le había quedado en el rostro por el pánico que había sentido. Cuando Theo le contó lo sucedido, Kilian quedó incluso más preocupado que su propio amigo. Le vinieron a la memoria fatales recuerdos.

Los muchachos reaccionaron y retomaron su interés sobre la presa que debía hallarse muy cerca de este lugar. Era evidente que no estaban acostumbrados a este tipo de alteraciones, porque desde la masacre de los maleantes tres años atrás, donde se vieron involucrados algunos parientes de Kilian, ahora cualquier extraño les producía alarma, miedo, precaución.

Los dos muchachos ya superaban los diecisiete años de vida, eran fuertes y muy ágiles. Podían caminar por las alturas durante horas sin pisar el suelo, por eso sus brazos eran fuertes y en general su aspecto envidiable. Se manejaban con gran destreza en su entorno vital.

Kilian había llevado una vida dura, muy dura, no tanto Theo, que disfrutaba de una gran familia amplia y unida. Era el quinto de siete hermanos, tres hembras; la más joven ya casi era mujer, rondaba doce hermosas primaveras. Sus dos hermanos mayores eran gemelos y se habían convertido en los mejores cazadores de Beldyn su ciudad y ambos formaron ya hace años sus propias familias, lo que convirtió a Theo en tutor de uno de sus sobrinos. Los padres de Theo se dedicaban a la repostería. Eran famosos sus bizcochos de castaña y piñones. Su hermana Janice era hermosísima. Era la tercera en edad, estaba a punto de cumplir los veintisiete, pero a pesar de su belleza, no había conocido al hombre que la desposara. Había cola en casa de los Harrison.

Kilian sin embargo, había perdido a su padre, a sus tíos y a su primo Daniels que era un hermano para él. Les pilló en medio del fregao hace tres años. Ahora Kilian vivía con su madre, la señora Kalla y con su hermano mayor Therry, convertido desde la desgracia, en gran luchador

fornido, inapelable ante sus contrarios en los juegos y entrenamientos que llevaban a cabo a menudo para mantenerse alerta, pero al tiempo, muy noble. Kilian quedó marcado por todo aquello y el fatal desenlace de esos episodios. Todo fue una serie de malas casualidades que dieron a parar allí, a tres bandas de desalmados violentos que se buscaban unos a otros para vengarse de reyertas anteriores y acusarse de robos e incluso de violar a las mujeres de estos y de aquellos. Aquel nefasto triángulo de maldades, fue por causa del desgobierno que existía en el Reino de Lowland, ya que el poder y la jerarquía del Rey Eduardo, brillaban por su ausencia. Ciertamente Lowland era un reino totalmente anárquico por estas épocas. Debido a este desgobierno y falta de autoridad, los grupos de diferentes orígenes sociales y con diferentes fines, se habían multiplicado con el ansia de alcanzar algún día el poder absoluto en el reino, y todos lo intentaban por la fuerza, como es de esperar en estos tiempos. Los consensos y la diplomacia eran palabras aún desconocidas por el año 1066, en verdad, Beldyn era una pequeña ciudad con suerte ya que las luchas de otras tierras del Reino de Lowland, hasta ahora solo le habían alterado en una ocasión en estos últimos diez años de caos tras la muerte del Rey Humberto.

—¿Qué te parece, Theo? — preguntó Kilian con bastante asombro.

—Me parece que esto no ha acabado aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que si perseguían a alguien y no han dado con él, ese alguien ¿dónde crees que va estar escondido?

—Ya — entendió Kilian y guardó silencio.

Tras dos o tres minutos sin decir nada, solo los cuatro ojos bien abiertos y los oídos afinados, Kilian propuso.

—¿Le buscamos, o mejor nos vamos a casa?

—No sé, me gustaría saber de él, — dijo Theo — pero puede que nos traiga complicaciones si se acercan a Beldyn.

—Sí, podría atraer a quienes le perseguían y la verdad, no tenían pinta de ser muy buena gente ni traer buenas intenciones. No quiero recordar… — Kilian hizo una breve pausa mientras le venía a la memoria, que cada vez que se habían acercado a su aldea algunos grupos, siempre habían acabado en desgracias.

—Venga, vamos con mucho cuidado a ver si encontramos a ese tío. — concluyó Theo.

Y brincaron por los árboles.

# Capítulo I:
# El Candidato

Sonó el telefonillo del video portero. Le pilló con la cara blanca cubierta de espuma y la cuchilla a punto de comenzar a afeitarse. Eran alrededor de las nueve de la mañana y pensó si acudir a contestar el telefonillo o no. Tras unos segundos de duda, decidió ir a mirar quién sería a esas horas.

—Si, ¿quién es? — preguntó pringándose la lengua con amargo sabor a jabón.

—Mensajería. Traigo un sobre a nombre de Oliver Duran Viteri. — contestaron al otro lado del telefonillo.

—¿Podría dejárselo al conserje? — le propuso Oliver.

—Claro. De acuerdo, lo dejo en conserjería.

—Vale, gracias — y se despidió.

—No me gusta nada la sensación fría y de humedad en la cara cuando tengo la espuma de afeitar extendida. Estaba deseando afeitarme — pensaba Oliver mientras silbaba una de Joe Cocker frente al espejo. — Ahora una ducha y a empezar el día.

Tenía una entrevista de trabajo a las once y cuarto en el centro de la ciudad, era lunes. Oliver era informático sin llegar a ser un crack, pero tenía un nivel aceptable, aunque su pasión eran las maquetas, sobre todo le apasionaban las maquetas de castillos, catedrales, aldeas medievales y casas y mansiones antiguas.

¿Camisa blanca o color, blanca o color? La gris, — decidió — la gris da más seriedad. — se dijo así mismo. — Chaqueta negra y pantalón negro. Ya está.

—Corbata, no corbata, corbata, no corbata. Corbata — decidió en voz alta. Eligió acertadamente una granate oscura.

Antes de salir de casa repasó su currículum. Todo en orden. Y salió del octavo piso. Bajó en el ascensor directamente al sótano para coger el escúter y se marchó sobre las diez y cuarto.

Alberto, el conserje, le vio salir sin poder entregarle el sobre. Al muchacho ya se le había olvidado.

—Preguntaba por la señorita Olga Astrid — dijo en la recepción de la oficina donde le habían citado. Eran las once y diez.

—¿Había quedado usted con ella? — le preguntó la recepcionista.

—Sí, tengo una cita con ella a las once y cuarto.

—Un momento. ¿Puede esperar en aquella sala por favor? — le señaló muy amablemente. — Dígame su nombre.

Oliver se sentó. Al cabo de diez minutos le llamaron. Salió a recibirle una mujer de más de treinta y cinco años, alta, rubia y no muy delgada. Se presentó como la asistente de la señorita Olga Astrid. Le llevó tras unas puertas de dos hojas de cristales tintados que no dejaban ver el interior. Se abrían, colocando la palma de la mano sobre un dispositivo situado en la pared. Un largo pasillo acristalado a ambos lados y tras ellos, esta vez sí se podían observar numerosos puestos de trabajo con mujeres a la izquierda del pasillo y hombres a derecha. Chocante imagen para Oliver. Fin de los despachos, fin del pasillo, segunda puerta doble, mano al dispositivo, puertas abiertas, nuevo pasillo, cristales tintados en un tono verde suave, no hay visibilidad tras ellos esta vez. A mitad de pasillo puerta en pared izquierda y puerta en pared derecha. Oliver mira las puertas sin detenerse. Tras unos cuarenta metros de pasillo, otra doble puerta, mano en dispositivo, puerta abierta. Y la mujer se detuvo. Todo parecía robotizado — que nivel — pensó.

—Espere aquí por favor señor Durán — dijo ella de forma escueta.

La asistente habló con la señorita que estaba tras un alto mostrador a modo también de recepción. Era morena y muy atractiva. Las dos mujeres hablaron en tono bajo. Tras una breve conversación, la asistente se dirigió a la zona de despachos que quedaba tras el mostrador. Le tocó esperar de pie esta vez. Se fue poniendo algo nervioso, no demasiado,

pero sí lo suficiente para notar sudoración en las manos. La recepcionista aprovechaba para mirarle cuando el joven miraba para otros lados. Se le hizo larga la espera. Por fin reapareció la rubia asistente y le pidió que le siguiera. Finalmente llegaron a la puerta del despacho de Olga Astrid. Tras aquella puerta podía decidirse su futuro. — Demasiado lujo para mi gusto. — Pensó Oliver. Había imaginado todo esto muy diferente y mucho más modesto de lo que estaba viendo. Corroboró estos pensamientos al entrar en el despacho de Olga Astrid, el cual no ocupaba menos de doscientos metros cuadrados según midió mentalmente.

La entrevista transcurrió de forma fluida. No llegaron a poner sobre la mesa ningún tema trascendente. Lo que si notó Oliver fueron algunas miradas de la asistente con la señorita Olga Astrid, que se cruzaron con complicidad, incluso asentían entre ellas de vez en cuando. Tras veinte minutos de conversación, Olga Astrid daba por concluida la entrevista remitiéndole a tres, cuatro días para tener noticias.

—Carla, acompaña al señor Durán — ordenó la jefa.

El joven observó que por donde estaban saliendo, no era el mismo recorrido del que habían utilizado para entrar. Le hubiese apetecido volver a ver la cara tan bonita de la mujer del último mostrador y le dio un poco de rabia. Carla le acompañó hasta la puerta de salida. Ahora tras hacer un recorrido diferente, por fin sí habían aparecido en la recepción principal, por donde llegó hacía ya cuarenta y cinco minutos. La asistente cortésmente salió hasta la puerta a despedirle. Cuando Oliver agarró el pomo de la puerta, notó un leve pinchazo en uno de sus dedos.

—Ufff — se quejó el joven repentinamente.

—¿Qué ocurre? — preguntó Carla.

—No, nada, es solo que se me ha clavado en el dedo alguna pequeña rebaba del pomo de la puerta. Deberían revisarlo ustedes— recriminó Oliver algo contrariado.

—Lo siento, así lo haremos — concluyó Carla.

Y se despidieron.

Oliver no fue a su apartamento directamente. Se subió en el escúter y tomó camino del campus universitario. Aún le molestaba el dedo de

su mano izquierda, incluso le sangró levemente. El campus estaba rebosante de vida a media mañana, como no podía ser de otra manera en un mes de Abril soleado, agradable sin llegar a hacerse agobiante por el calor. Si todo fuese bien, le quedarían tres semanas para graduarse como Ingeniero Informático a los veintiocho años. Había interrumpido sus estudios durante cuatro años y trabajó en diversos sectores. Luego decidió retornar a la universidad.

Entró en clase y agudizó los oídos lo más que pudo, ya que solo quedaban libres las últimas filas. Sahara le miró y le sonrió haciendo un gesto como preguntando. Oliver sonrió y alzó el pulgar en señal de OK. Después de cincuenta minutos, el señor Ribau dio por concluida la clase.

—Entonces ¿crees que bien? — preguntó Sahara.

—Sí, ha sido una de las veces que más extraño me he sentido, pero al mismo tiempo he notado cierto *feeling* que me ha dejado buenas sensaciones, pero ya sabes cómo va esto, treinta candidatos para un solo puesto. — Explicó él, sin mucha convicción.

Se acercaron a la moto y sacó de la maleta una pequeña bolsa de deportes, apenas unas zapatillas de correr, una camiseta de tirantes y un minúsculo pantalón.

—Tengo que entrenar. Dentro de cinco días compito.

—¿Podré verte?, ¿dónde es?

—Pues en Zaragoza el domingo. Te podrías venir el fin de semana y te hospedas en mi hotel. Tendremos tiempo para todo. — Le propuso a su amiga.

—Me lo pienso y te digo algo mañana.

Se besaron amistosamente y ella marchó. Tras su entrenamiento, de vuelta a casa, Oliver odió como cada día la sensación del sudor en el cuerpo y el choque del aire frío con la velocidad de la moto. Lo odiaba pero lo repetía casi a diario, ya que el triatlón le había enganchado hacía ya cinco años. Odiaba esa humedad sudorosa con el aire en la cara, pero en muchísima menor medida de lo que amaba este deporte. Cada semana nadaba ocho kilómetros, corría a pie ochenta y hacía más de doscientos de bici. Por fin entraba en su edificio pasadas las tres y media de la tarde.

En la Compañía GÉNESIS XXIII, las cosas no siempre eran lo que parecían. Olga Astrid llamó a Carla a su despacho.

—¿Lo tenemos? — preguntó.

—Sí, ya está — contestó Carla.

Una señorita con bata verde manzana, tomó una muestra del pomo donde Oliver se había pinchado dejando la mínima expresión de una gota de sangre de su dedo.

—En cuanto tengamos los resultados y los datos introducidos en el sistema, te paso el informe. No más de treinta minutos — le aclaró Carla a su jefa.

**OLIVER DURAN VITERI**. Así había quedado inscrito en la BBDD de la Organización GÉNESIS XXIII el ADN de Oliver.

Pasados cuarenta minutos, Carla entraba de nuevo en el despacho de Olga.

—Todos los resultados son positivos. Hay compatibilidad por encima del 90%—le explicaba la asistente a Olga Astrid, mientras le entregaba el dossier.

Hacía ya más de tres horas que Olga había recibido el dossier, pero quedaba pendiente aún, saber con exactitud el grado de compatibilidad. Solo sería OK si estaba entre el 94% y el 100%. Por fin Carla regreso con noticias.

—"Compatible al 98%" — leyó ésta. Olga se recostó hacía atrás en su sillón de despacho como quitándose un gran peso de encima. Sonrió relajadamente y pensó en hacer una llamada.

Oliver abrió el sobre que le acababa de entregar Alberto, el conserje de su edificio, y leyó: *"En contestación a su solicitud ……"* , y siguió pasando a toda velocidad la vista por la citación, hasta llegar a la parte que le interesaba.

RAER

Departamento RRHH.— Citación entrevista en Sede Central

Barcelona. Paseo de Gracia, nº 82

Sección.— Diseño y maquetación.

Especialidad.— Soporte creativo e informático—

Preguntar por D. Mario Caralt

*PERFIL*
*Varón entre 25 — 40 años*
*Licenciado/Técnico*
*Conocimientos informáticos*
*Conocimientos de Arquitectura*
*Conocimientos de Diseño espacios int/ext*
*Nivel cultural alto en Geografía e Historia*
*Facilidad de idiomas. Inglés perfecto*
*Buen estado físico*

—Vaya, no está mal. — Se dijo así mismo en voz alta.

Leyó la citación y comprobó que debía presentarse el próximo viernes día 1 de mayo. Le pareció extraño ya que era día festivo. Tenía tres días para reservar billete en el AVE o quizá tomar el puente aéreo. No estaba su economía para hacer florituras. Al instante cayó en la cuenta de la coincidencia con su competición del fin de semana en Zaragoza.

—No puede ser — maldijo contrariado.

Se dejó caer en la cama con desánimo y con los ojos bien abiertos clavó la mirada en el techo de la habitación color turquesa claro y se puso a pensar en nada. Pasó al menos cinco largos minutos con ese pensamiento, nada. Nada, eso que solo saben hacer los hombres. — Ellas no lo

entenderán nunca,— se auto convencía. — Repentinamente, dio una palmada al tiempo que se incorporó de la cama. Su cerebro comenzó uno de sus rituales habituales. — Tren, avión; tren, avión; tren, avión. Avión. — Decidió.

Se conectó a Internet y compró un billete. Era un vuelo regular, no viajaría en el puente aéreo. Esa misma tarde recibió la llamada de GÉNESIS XXIII. Eran las ocho. Debía presentarse el jueves treinta, a las cuatro de la tarde en sus oficinas, ante Olga Astrid, para ver las condiciones del contrato y las funciones a realizar. Había sido elegido. Durmió plácidamente, no sin antes castigarse la mente haciendo elucubraciones, pero por fin cayó rendido.

Tráfico lento en la arteria principal de Barcelona este martes 28 de abril. La mañana es fantástica, preciosa, algo calurosa quizá, pero muy agradable. El caminar de las personas a estas horas del día daba un ritmo dinámico a las zonas peatonales, mezclándose trabajadores con turistas, vecinos y artistas callejeros.

—Pare aquí, me va bien en este cruce. — Mario pagó los 30 euros más dos de propina que le cobraron desde el aeropuerto de El Prat, hasta Diagonal 379. El taxi le dejó a cinco minutos paseando, de su destino.

Elegante, traje gris claro, camisa malva de Pedro del Hierro manga larga y corbata azul marino. Zapatos última moda italiana. Impecable. Mario era un tipo fibroso, de 1,82 de estatura, treinta y ocho años. Pelo corto, rubio casi castaño. Las gafas de sol terminaban de definir a un verdadero "Hombre MARTINI ". Bajó por Paseo de Gracia desde el nº 108 hasta esquina con Carrer Mallorca. Todo lujo por aquí. Cartier, Louis Buitton, Loewe, etc. Llegó al 82 de Paseo de Gracia, en el portal podía leerse en los paneles de las seis plantas, entre otros: RAER, quinta y sexta planta. Tomó el ascensor y pulsó el 5º

—Buenos días señor Caralt. ¿Ha tenido un buen viaje? — le saludó amablemente la primera mujer que podía uno encontrarse al entrar en la oficina de RAER. Una mujer joven, pero muy resuelta parecía a pesar de su juventud.

—Sí, gracias Enma, muy buen vuelo ¿Tengo algo por ahí?

—Tiene estos dos sobres. Han llegado ayer — le contestó la secretaria.

Y se metió en su despacho. Se quitó la corbata y tiró la americana en uno de los sillones. Se conectó y comenzó a redactar el informe de la misión que la había llevado a Madrid. Pasados diez minutos sonó el teléfono del despacho, el directo.

—Mario, pásate y me cuentas cómo ha ido todo. — Dijo la voz al otro lado del auricular.

Mario salió hacia el despacho del hombre que le había solicitado. Su despacho estaba a tan solo diez metros, no más.

En la puerta se leía:

DIRECTOR GENERAL

RAER EUROPE SOUTH

SR. SOLBERG

—¿Y? — lanzó al aire Mikel Solberg.

—Estoy concluyendo el informe, pero te diré que hicimos el seguimiento tal y como estaba previsto. Dimos los pasos adecuados, pero… — dejó la duda en el aire durante cinco largos segundos, a la vez que Mikel abría los ojos hasta casi tocarse el flequillo con sus propias pestañas. Por fin Mario continuó.

—Debes saber que, se nos han adelantado — le informó a su jefe.

—Joder. Otra vez. ¡¡Dritt. Jeg driter iden jaerla!! — gritó Mikel, que era de origen nórdico, noruego exactamente. (¡¡Mierda. Me cago en la puta!!). — ¿Se puede saber para cuándo le hemos citado? — casi silabizó palabra por palabra.

—Para este viernes — contestó Mario bastante preocupado.

—Venga, anda, pásame el informe. Tenemos que reaccionar más rápido de lo que tenías previsto— dijo el jefe, ya en un tono más calmado y amigable.

Mario salió del despacho de su jefe y al cerrarse la puerta, Mikel dio un puñetazo de rabia en la mesa.

Oliver había sacado billete de avión para estar en Barcelona a primera hora de la mañana del viernes, pero debía resolver una gran duda. Le habían citado la tarde anterior en la otra compañía a la que optaba y además, le habían comunicado que era el elegido. ¿Qué artimaña idearía para no firmar ningún contrato, antes de acudir a Barcelona a escuchar la otra propuesta? Podía ser la decisión de su vida.

La clase del señor Ribau terminaba a eso de las once y media, sin apenas descanso y los martes tenía seguidamente la otra asignatura que le quedaba pendiente para acabar la carrera. El puñetero *"Marketing Virtual"*. La impartía un tal señor Salgado. Apenas había tenido trato con él en los casi dos años que le estaba costando aprobar la asignatura.

Sahara, por el contrario, solo tenía pendiente aprobar la "Informática Espacial" con el señor Ribau. Cuando acabó la clase del profesor Ribau, éste coincidió en el pasillo con Sahara y surgió el ir a la cafetería a tomar una cerveza mientras se despedían de Oliver, que entraba en su siguiente clase y acordaban verse al salir.

El muchacho no prestaba demasiada atención a las explicaciones del profesor, ya que, en su cabeza solo rondaba cómo excusarse el jueves, para no firmar nada, pero sin rechazar el trabajo que le propondría la Compañía GÉNESIS XXIII. Quizá Sahara tuviese algo más de imaginación para inventar algo.

El profesor Salgado impartía y desarrollaba una idea sobre las oportunidades en los negocios y en los proyectos innovadores. Exponía algunas teorías que hablaban de dar el noventa por ciento de tus esfuerzos al proyecto, porque el otro diez por ciento, siempre quedaría para hacerte compañía si fracasabas. Teorizaba sobre las decisiones importantes y todo volvía al mismo lugar de siempre. Guárdate algo, por mínimo que fuera, para tu plan B. Plan B. Esto ya le empezaba a taladrar la cabeza a

Oliver poco a poco, pues sin quererlo, le llevaban a su situación personal en la decisión que debería tomar en tan solo un par de días.

—¿Cómo sé cuál es mi plan B, si ni siquiera sé cuál es mi plan A— pensaba. La clase llegó a su fin y el joven salió en dirección hacia la cafetería para encontrarse con su amiga Sahara y con el profesor Ribau — si es que todavía aguantaba tomando cervezas — cuestionó Oliver.

Sí, allí estaban ambos. El profesor Ribau era un catedrático atípico, pues no se le caían los anillos por charlar con los alumnos fuera de las horas de clase, cosa poco habitual en el resto de catedráticos de la Facultad. Rondaba los cincuenta, quizá menos, era delgadillo y casi un metro ochenta, de pelo castaño que comenzaba a blanquear. Los encontró riendo en una mesa y esto le hizo animarse y salir de su propio agobio.

—¿Qué tal con el señor Salgado? — preguntó Ribau

—Buff, la verdad no ha sido uno de mis mejores días de atención a sus explicaciones.

—No es una época del curso para estar emocionado con las clases magistrales, sino más bien es época de que todo acabe cuanto antes — dijo Sahara.

Los otros dos asintieron en señal de estar de acuerdo y sonrieron. Oliver sacó su tema y Ribau quedó algo sorprendido. — No tenía ni idea de que estabas en dos procesos de selección tan avanzados ya. — dejó caer Ribau.

—Ni yo — dijo sorpresivamente el propio Oliver.

—¿Y qué vas a hacer? — preguntó Sahara.

—Eso es precisamente lo que llevo pensando toda la mañana. Me podrías echar una mano — dejó caer.

—¿Cómo?

—Necesito buscar una excusa, para no firmar la propuesta, y sin embargo que no sea un rechazo. Imaginación al poder — concluyó Oliver echándose para atrás totalmente sobre el respaldo de su silla, casi llegando a volcar.

—Finge estar enfermo — dijo Sahara sin pensarlo apenas.

—¿Cómo dices que se llama esta compañía? — preguntó sorpresivamente el profesor.

—No lo he dicho — contestó el muchacho cambiando el tono a más serio.

Tras un breve silencio, Oliver dijo: GÉNESIS XXIII. El profesor dejó de un leve golpe la cerveza en la mesa y quedó mirando fijamente a los ojos del joven.

—¿Qué pasa, a que viene eso? — se sorprendió Oliver

—Conozco esa compañía. Son nórdicos — ¿Lo sabías? Están trabajando en ciertos proyectos… — tras una leve pausa, prosiguió — algo peligrosos.

—¿Cómo que peligrosos? — se extrañó el joven.

—¿Qué peligro puede conllevar una empresa dedicada a la informática? — cuestionó Sahara sorprendida.

El profesor se quedó pensando y por fin dijo: — Tenías razón, lo primero debemos buscar una excusa creíble, para que puedas acudir a tu cita, pero sin cerrar nada. Lo que si tendrás que hacer es abrir muy bien los ojos y los oídos, y si puedes grabar algo, hazlo.

—Bueno, bueno, esto parece una policiaca — bromeó Oliver.

—Y, ¿cuál es la otra compañía que te va a entrevistar? — quiso saber Ribau.

—RAER — contestó el muchacho. Eso ya fue él no va más para el profesor.

—Tenemos que hablar. No aquí. A la vuelta de tu viaje a Barcelona.

—¿Qué pasa?, me estoy perdiendo algo — dijo Sahara incrédula.

—¿Queréis ayuda, verdad? — dijo el profesor. — Acudirás a tu cita el jueves, pon alguna escusa, yo qué sé, olvídate el DNI. Luego te llamamos en mitad de la entrevista. Tendrás que abandonar la cita e irte urgentemente en dirección al pueblo de tus padres por enfermedad, se me ocurre. Proponles volver el lunes.

—Yo no sé si estoy preparado para esto — dudó.

—Pero recuerda, graba lo que puedas, audio o video con el móvil. Abre bien los ojos. Por lo demás, prepara la cita como siempre, con normalidad — le aconsejaba Ribau. El profesor se levantó a pagar las bebidas y luego se despidió de los dos.

—Ya estaremos en contacto. Chicos me habéis despertado del letargo docente. Qué sorpresas te llevas de vez en cuando. — Y se marchó.

Sahara y Oliver se miraban perplejos.

—¿Qué le pasa?

—Yo qué sé — contestó el chico. — Va.

—¿Nos hacemos un cine? — le propuso ella.

—Venga, pero comamos algo antes.

# Capítulo II:
# Barcelona, Madrid, Barcelona

—Oye Marcus, quiero saber cada minuto de nuestro hombre, ¿entendido?

Al otro lado del móvil Marcus contestó.

—Pues sí. Claro que lo he entendido; Mario te noto nervioso.

—Estamos yendo por detrás en cada uno de los movimientos. Esto nos llevará al fracaso así es que, ponte las pilas y averigua todo. Activa a todos tus contactos en Madrid y acercaos a él todo lo que sea posible — concluyó Mario desde su despacho de Paseo de Gracia. — Colgó sin despedirse.

Marcus era un tipo genial, camaleónico, igual de simpático que borde. Elegante y estiloso, como campechano, igual de hábil que de torpe si así se requería. Estaba muy bien relacionado en la capital, pero ante todo, a nivel profesional, era el mejor. Se pasó casi toda la tarde haciendo llamadas a sus contactos y coordinando. Ya cuando comenzaba a anochecer, colgó el móvil y se encaminó al baño para darse una relajante ducha.

Sahara y Oliver salían de la "Sala Berlanga", de ver "Tierra perdida", un film británico de época medieval, en la que la recreación de castillos, bosques, ríos y pueblos, cautivaban a Oliver. Le servía para inspirarse en la construcción de sus maquetas, aunque cada vez le quedaba menos tiempo para dedicarle, porque su otra pasión favorita le iba ocupando cada vez más tiempo. Sus entrenamientos eran diarios y nunca menos de dos horas. Hoy tocaba nadar. Se despidió de Sahara y pasó por casa rápido para coger su bolsa y demás enseres para la piscina. Los tres

kilómetros de nado le suponían casi sesenta minutos, que luego eran completados por cuarenta y cinco de gimnasio y estiramientos.

—Que gozada. Esta es la mejor sensación de la semana — pensaba, mientras le caía por su atlético y fibroso cuerpo el agua de la ducha del Club Natación Villa de Madrid.

Sobre las diez menos cuarto entraba en el hall de su edificio, donde Alberto el conserje, le dio las buenas noches. Le pareció extraño ver a Alberto a esas horas. Su horario normalmente concluía a las ocho y media. Le habría cambiado el turno al vigilante nocturno. — Pensó — Y subió en el ascensor al octavo.

Mario hablaba relajado desde la cama con su amiga especial.

—Mañana te veo en Madrid, sigo con el proyecto de esos arquitectos que te comenté. Cenamos en alguna terraza de la Castellana, ¿te parece? — dijo él.

—Sí, fenomenal. Cuando estés libre me das un toque. — le contestó su chica. — Te dejo que tengo aceite en la sartén. Muuua. Hasta mañana.

Mario tomó de su mesilla el libro que le acompañaba estos días. *"Salida al mar"*. Se desarrollaba en el siglo XI en Britania. Un pueblo en expansión anhelaba ampliar sus territorios y conquistar los países colindantes, para conseguir que sus fronteras acabasen en el mar. En pocos minutos se quedó dormido.

Deslumbrante mañana en la capital. Después de cincuenta y cinco kilómetros pedaleando por las afueras de la ciudad, Sahara ya no pudo seguir. Era una buena ciclista, incluso compitió hace ya tres o cuatro años.

—Oliver, ya. Ya no puedo más. Sigue tú y a la vuelta nos encontramos de nuevo.

—Está bien, en treinta minutos vuelvo.

Sahara quedó extenuada, ya que el entrenamiento no era en modo paseo precisamente, sino que habían forzado al máximo. Buscó una sombra y se tumbó a estirar. Al cabo de diez minutos apareció un ciclista, que se la quedó mirando, pero sin detenerse, al contrario, parece que

aceleró. A ella le llamó un poco la atención. Tras otros doce kilómetros, Oliver concluyó el tramo de ida y comenzó la vuelta hacia el lugar de encuentro con su amiga. Seguía a buen ritmo. Tras dos subidas y bajadas, tomó una curva a derechas en leve descenso, y se encontró de bruces con un ciclista algo asfixiado y colorado y a dos centímetros estuvo de comérselo.

—¡Ehh cuidado! — gritó Oliver.

Dio un gran frenazo y el otro también, aunque mucho más leve, ya que, al ir en ascenso, su velocidad era mucho menor. A punto estuvieron ambos, primero de chocar y luego de ir al suelo.

—¿Estás bien? — dijo Oliver.

—Sí, sí, no hay problema — contestó el otro, y arrancó sin más.

Oliver quedó sorprendido de la reacción del ciclista. Pero bueno, hay gente rara en todas partes. — Pensó y siguió pedaleando. Después de diez minutos, llegó al punto de encuentro con Sahara. Habían preparado un recorrido que les dejaba ahora a apenas cinco minutos de la casa de Sahara. Allí se ducharían y a clase. Ya por la tarde parecía tener una leve molestia en su mano izquierda, pero poca cosa, lo suficiente para decidir ir a correr en lugar de nadar aquella tarde.

Mikel Solberg presionaba a Mario. Asomó la cabeza por el despacho de éste, dando dos toques con los nudillos para llamar su atención y preguntó — ¿Alguna noticia?

—Me tienen que confirmar unos datos y ya te comento — se explicó Mario.

—Venga, pero mete presión a tu gente — concluyó el jefe. Y cerró la puerta.

Mario se frotaba los ojos, al tiempo que se recostaba en su sillón de trabajo. Se notaba cansado. Había dado instrucciones a su equipo de Madrid, pero al fin y al cabo, eran ellos allí, quienes debían desarrollar esas órdenes y ejecutarlas trazando su propia estrategia sobre el terreno. Cogió el móvil y marcó.

—Paquito. ¿Qué? Dime algo. ¿Tenemos algo? Venga, venga. — Mario agobió a su interlocutor.

—Bueno, bueno, joder déjame respirar. Sí, tengo algo. — contestó Paquito — En este mismo momento estoy con mi contacto. Te llamo ahora una vez concluya mi reunión. — Dijo el colaborador.

—OK no tardes — finalizó nervioso.

Paquito charlaba en el despacho de Laura. Ella le informó de lo acontecido en la primera visita de Oliver a la sede de GÉNESIS XXIII. A Paquito le sorprendió el modo que tramaron para tomarle una muestra para analizar su ADN y le satisfizo enormemente cuando Laura le contó que el resultado de compatibilidad había llegado al 98%. Él tomaba notas de todo lo que la joven le contaba. Parecía un buen trabajo por parte de la chica. Por fin se levantaron. Él la besó en la mejilla, al tiempo que la cogía por la cintura. A ella le agradó. Laura era morena y muy atractiva, tenía una cara muy bonita, a punto de cumplir treinta y ocho. A Paquito le parecía una belleza, pero la veía algo inalcanzable. Él era un encanto de persona. Ya no cumpliría los cuarenta y le sobraban al menos cinco kilos pero su simpatía y naturalidad le hacían ser un buen partido. No era, ni guapo ni feo. Para Laura, sí era guapo. Quizá algún día sabrían lo que pensaban el uno del otro, pero la dinámica en que se movían a nivel de trabajo, no les dejaba tiempo para temas domésticos.

Paquito salió del despacho de Laura y entró en su Audi A6. Llamó a Mario pero comunicaba. Se impacientó.

Mario hablaba con Marcus, su primer hombre en Madrid.

—Mira, he tenido que puentearte debido a la urgencia que tenemos así es que no te molestes ¿vale? — le expuso Mario a su hombre — He llamado a Paquito directamente. Tiene algo, me va a llamar ahora. Mañana quedamos en Madrid y nos ponemos al día tú y yo. ¿Te parece? — acabó diciendo el jefe.

—Sí, sí, no te apures. Lo entiendo, dile a Paquito que entonces no hace falta que me llame — dijo Marcus.

—De acuerdo, nos vemos mañana — y Mario colgó.

Pasado un minuto, le sonó el móvil. Era Paquito.

—Hola chaval — contestó alegremente.

—Tengo bastante información, te lo paso por email o te lo puedo contar.

—A ver, ahora mismo estoy en el aeropuerto para embarcar dirección Madrid. Nos vemos en dos horas y me lo detallas todo. Pero avánzame lo más importante — le apremió.

—Le han tomado muestra de ADN sin que se diese cuenta y han salido unos resultados que verifican todo. Compatible 98% — explicó el hombre de Mario.

—Suficiente. Llegaré sobre las siete. Cuando esté allí, te llamo y nos vemos.

—De acuerdo. Podemos vernos en "Lekumberry" sobre las siete y cuarto. ¿Te parece? — propuso Paquito.

—Me parece. Hasta luego.

Esa tarde Oliver llegó pronto a casa, sobre las seis y media, ya con su entreno del día hecho. Consiguió, por fin, disponer de dos o tres horas para sus abandonadas maquetas. Había habilitado una habitación a modo de taller solo para tal menester. Relajación total y rumbo al Medievo. Estaba con una aldea amurallada de estilo prerrománico. Se introdujo en su mundo imaginario. Se sentía parte de las construcciones, parte de los enseres y parte de las gentes de esa época. Era algo maravilloso que le transportaba y le hacía desinhibirse de la rutina y los problemas cotidianos. El tiempo avanzaba a cámara lenta. Ahora estaba adosando una especie de posada a una taberna y a un patio de grandes dimensiones, que bien podría ser lugar de fiestas, bailes y juegos de la época. El castillo lo tenía previsto construir en la parte más elevada, en un cerrete que también quedaba dentro de las murallas. La aldea de momento, tenía dos puertas en su muralla, pero Oliver se estaba planteando abrir una tercera algo más pequeña, por si había que escapar de invasores, se imaginaba. Sin darse cuenta, le habían dado las doce de la noche, le molestaba la mano todavía. Y se acostó sin cenar, solo un vaso de leche.

Lekumberry era un pub de estilo años ochenta. Recordaba en algo a los pub irlandeses, pero tenía un toque más elegante. Decorado en un verde oscuro y con una gran barra en forma de ele y otras dos zonas bien diferenciadas cada una de ellas. Mesitas para dos, tres o cuatro personas

y la otra zona con sillones corridos y taburetes, más para grupos y fiestorros jaleosos. Se ubicaba cerca del Paseo de la Castellana. A Mario le vino perfecto el lugar de encuentro, así estaría muy cerca de su posterior cita con su chica. A pie estaría a escasos diez minutos del restaurant—terraza que había reservado.

Siete y diez de la tarde. Mario entraba en el local y Paquito se levantó a su encuentro. Gran abrazo y parabienes, como era habitual entre ellos. Sinceros a rabiar, se notaba en los ojos de ambos.

Mario y Paquito se conocieron a los veinte años en un festival—concierto playero en Valencia. Paquito tendría dos o tres años más quizá pero su aspecto era algo aniñado. Mario fue a aquel concierto desde Sitges en un Renault 5 con dos amigas y Paquito con su novia, pero allí rompió con ella. Se veía venir, era una chica muy agobiante y no llevaba el mismo rollo que él. En realidad, cada uno sabía que no encajaban y necesitaban un empujón para dejarlo. Y así fue, ella quiso volverse a Madrid y así lo hizo y él quedo solo pero feliz. Esa misma noche, ya en su nuevo estado de soltería, cuando apenas iba por la segunda copa y todavía no se movía muy rítmicamente, aparecieron Mario y sus dos amigas. Chocaron fortuitamente con él. Le tiraron la copa, que ya casi se había terminado y al trío se le metió en la cabeza invitarle a otra. Después de insistirle cuatro veces, que sí, que no; que sí que no, Paquito aceptó. Ahí comenzó su amistad. Las amigas de Mario eran dos bomboncitos, pero se gustaban entre ellas. Gracias a eso, ellos formaron cruzada común. De ahí hasta pasados veinte años de gran amistad y algo más. Aunque podría suponerse lo contrario, no se veían a menudo. Por eso, les gustaba recordar el verano del noventa y cuatro y brindaban y maldecían a las mujeres, jajaja, no se lo creían ni ellos. Ambos eran unos auténticos caballeros con gran éxito entre el sexo opuesto, cada uno con su estilo, pero los dos encantadores y entrañables. El encuentro fue breve pero provechoso. Mario abrevió, pues le explicó a su amigo, que tenía una cita "amorosa". Brindaron por ello. Paquito le contó con todo detalle y le pasó por escrito el informe. Cada minuto que Oliver estuvo en las instalaciones de GÉNESIS XXIII, estaba reflejado en el informe. Apuraron las copas, Mario pagó la cuenta y se abrazaron al despedirse.

Ella llegaba espectacular a la vez que sencilla. Mario se felicitó de estar con una mujer tan…, tan mujer. — pensó. Cenaron ligero, pero con un buen vino. Brigit le sugirió que pidiera un "Sardón de Duero" selección especial 2010. Tras probarlo, se alegró de la elección. Él se sintió encantado del lugar elegido para esta velada. Cada minuto que pasaban juntos, se hacía más intenso. Se miraban, se admiraban, sonreían y se ruborizaban. Era su tercera cita más o menos seria. Cada descubrimiento personal, más les unía, les emocionaba y les atrapaba en un espacio en el que no había nadie más alrededor, aun estando en pleno Paseo de la Castellana, a las once de la noche, en la primavera, en una de las terrazas más de moda y concurrida de la cuidad. Sus anteriores citas fueron más sencillas, en lugares rutinarios. Cafetería a media tarde, bar de copas, paseo con roce de manos y poco más. Aunque eran personas modernas y con aspectos juveniles, no dieron el paso del contacto carnal, como parece que debería ser en estos tiempos. Seguramente pensaron en disfrutar cada paso que daban, sin romper la magia del descubrimiento ardiente y que el tiempo les fuese llevando donde quiera que tuviese que ser.

—Bonito apartamento — dijo Mario — y en una zona muy céntrica. Esto costará un dineral — dejó caer en el aire.

—La verdad, sí que es un poco caro, pero tiene muchas ventajas. Tenemos una piscina en la terraza y un gimnasio abajo. Además conserje y vigilancia veinticuatro horas. Ponte cómodo. ¿Te apetece una copa, un café?

Mario observaba cada espacio del piso y parecía absorto, mientras miraba por un gran ventanal con unas vistas espectaculares de la ciudad. Ella se acercó por detrás de él y le abrazó por la cintura, apoyando su torso contra la espalda de él.

—No me escuchas — dijo Brigit.

—Ahh, estaba admirando tu piso, las vistas que tienes. ¿Decías?

—Te estaba ofreciendo tomar algo.

Pasadas tres apasionadas horas, se habían besado, se habían abrazado, se habían acariciado y se habían fundido lentamente, para que el tiempo, avanzase muy, muy despacio y la noche no tuviera prisa en abandonarles. A las siete de la mañana, sonó el despertador del móvil de ella. Lo apagó siendo consciente de que sonaría de nuevo, pasados diez

minutos. A Mario le encantó ver salir de la ducha a aquella hermosa mujer con ese albornoz color amarillo limón. Ahora la veía más impresionante aún. — Apenas se conocían hacía cuatro semanas. Fue en una galería de exposiciones. Mario trabajaba en el seguimiento de una tal Carla Hagebak. Su objetivo entró en una sala de arte, acompañada de una bella mujer, en realidad las dos lo eran, y él entró tras ellas. Se sumergían en una exposición itinerante de pintura gótica europea del siglo X. A Mario no le entusiasmó el tema elegido pero, era trabajo. Improvisó a gran velocidad mental, una de las cualidades de Mario, y trazó un plan. Entablar conversación casual con la amiga. No tendría dificultad ya que su atractivo solía ayudarle a relacionarse con el género femenino. Aprovechó un momento en que las amigas se separaron y se dispuso a atacar a la mujer que acompañaba a Carla. Al mismo tiempo observaba a distancia a Carla y la vio acercarse a un cuadro más de lo permitido, e incluso llegó a sacarle una foto. Los carteles de prohibición de realizar fotografías inundaban las salas pero ella los ignoró. Esto llamó la atención de Mario y decidió esperar que la mujer se alejara, para ir hacia el cuadro y sacar también la fotografía. Nunca se sabe. — pensó — Inició su acercamiento a la acompañante y tan solo cinco minutos bastaron para que intercambiaran sus números de teléfono. Su intención estaba clara. Se liaría con la amiga para sacarle toda la información que pudiera de la otra.

Brigit salió hacia sus clases sobre las ocho y media de la mañana después de desayunar y ofrecer a Mario lo que necesitase. Solo un beso en los labios, repentino al tiempo que natural, como si lo hiciese cada día. Pasados treinta minutos, Mario cerraba la puerta del apartamento de Brigit. — ¿Cuánto durará esto? — pensó preocupado.

A eso de las diez, pulsó el botón del telefonillo del despacho de Marcus. Estaba situado en el Barrio de las Letras. Marcus era el responsable de la red de Madrid, era su mejor hombre. Conocía la organización RAER casi tanto como el propio Mario, y la vivía como si fuese de su propiedad. Tras ponerse al día de las últimas novedades, ambos acordaron meter una marcha más a los acontecimientos, pues temían que se les fuese de las manos su objetivo. Marcus insistió bastante en que le dejara visitar a Mikel Solberg para exponerle sus ideas pero Mario le frenaba en su ímpetu aunque finalmente accedió y concretaron para que el viernes uno de mayo, Marcus estuviese en Barcelona. Ya vería cómo lo organizarían con el jefe y con la entrevista con Oliver.

Tanto en GÉNESIS XXIII como en RAER, se cuidaban enormemente de no cometer el más mínimo acto delictivo, por pequeño que fuera. Nadie quería ver a la Policía ni en pintura. Cada paso debía llevarse con la mayor pulcritud, pero habría de llegar el momento en que cada organización expusiese su misión y sus objetivos al candidato Oliver.

El señor Ribau esperaba la conclusión de la clase de su colega el profesor Salgado en la misma puerta del aula.

—¡¡Félix!!— se sorprendió el profesor Salgado, saliendo al pasillo al ver a Félix Ribau — ¿cómo tú por aquí?, apenas nos separan dos pisos y no somos capaces de vernos en semanas. — Dijo Salgado.

—Ya sabes, te metes en tu mundo y de la facultad a casa y de casa a la facultad.

—¿Y qué te trae hasta aquí?

—Anda, vamos a comer y te voy contando. Tenemos algo importante que resolver juntos — le dejó la duda a su colega.

Y se dirigieron al restaurante que quedaba a dos manzanas de la Universidad saliendo por la puerta norte. Una vez allí, Ribau le puso al corriente del asunto Oliver Durán, y le hizo ver que su ayuda era necesaria. Salgado entendió que arriesgaba mucho. Llevaba una vida más o menos tranquila, acomodada y si aceptaba entrar en el juego, cambiaría todo. Tras unos breves segundos en silencio, Salgado se decidió y le estrecho la mano a su colega en señal de "adelante a por ello". Ambos catedráticos se habían pasado la mitad de sus vidas, investigando sistemas de "Seis *Dimensiones"*, que pudiesen transportar a otros momentos de la Historia, y sus consecuencias, las famosas *"paradojas"* y los *"momentos cumbre"* y el *"lugar espacial"*, entre otros. Sabían que estas tecnologías habían avanzado enormemente y que se encontraban en manos de dos organizaciones con fines muy dudosos. Y ahora Oliver era el epicentro. ¿O era él la máquina en sí mismo? Acordaron volver a hablar al día siguiente tras la cita de Oliver. Y se despidieron.

El profesor Salgado se dirigía al parking de la Facultad de Informática. Sus pensamientos le hacían caminar mirando al suelo, abstraído de todo lo que sucedía a su alrededor. En un instante, visto y no visto, surgieron dos hombres abalanzándose hacia él, uno le sujetó los dos brazos

por detrás de su propio cuerpo, mientras el otro le empujó hacia el interior de un coche con los cristales tintados. Cuando ya estaban en el interior, Salgado les gritó. ——¿Se puede saber qué hacen?!, ¿quiénes son ustedes? Déjenme salir o … — y le tapó la boca el hombre que se encontraba sentado en el asiento trasero junto a él.

—Cállese profesor — le dijo éste — tranquilícese no va a pasarle nada. Solo queremos hacerle unas preguntas, nada más — Y fue retirando poco a poco su mano de la boca, hasta comprobar que el profesor se hubiese tranquilizado.

—Si solo son unas preguntas, ¿por qué no me las hacen tranquilamente en la calle? — preguntó todavía bastante exaltado Salgado. — Algo ilícito traman, pues sino ¿por qué me han asaltado de esta manera? — terminó de explicarse.

—¡Cállese! — dijo el que conducía. — ¿es usted el profesor Ribau? — Preguntó el conductor en un tono tranquilo pero firme.

—¿Pero qué dicen?, yo no soy el profesor Ribau.

Ambos hombres se miraron sorprendidos a través del espejo retrovisor.

—¿Cómo que no es usted el profesor? A ver, déjeme su cartera. —Ordenó el ocupante de atrás.

—No, no les daré mi cartera.

—Sabe que nos la va a dar si o si, así es que, cuanto antes acabemos, mejor para todos. — Dijo de nuevo el ocupante de atrás.

—¿Qué quieren del profesor Ribau?, si puede saberse. Me temo que nada bueno. — Insistió.

—Le digo que me dé su cartera — le ordenó al tiempo que le apretaba el brazo con gran fuerza.

—Está bien — dijo el profesor y sacó con cuidado la cartera entregándosela a su acompañante de asiento.

—Javier Salgado Pérez — dijo el hombre, para que su compañero se informara del error que acababan de cometer.

—Pufff, joder. ¿Y ahora qué? — se lamentó el conductor.

Los dos hombres intentaron presionar al profesor para que les dijera de qué conocía al profesor Ribau; el grado de amistad, los planes en común y todo lo que pudiera interesar a su organización. El profesor fue

escueto, habló lo justo y únicamente les informó de que eran colegas en la Universidad, sin más. Los dos hombres debían decidir qué hacer ahora con el profesor Salgado, teniendo en cuenta que éste daría la alarma a su amigo Ribau, e incluso a alguna autoridad. Decidieron vendarle los ojos y sujetarle las manos, excusándose. Siguieron rumbo a las afueras por la N-VI mientras Salgado se quejaba de que debían dejarle salir del maldito coche. El vehículo no paró hasta desviarse en el kilómetro 39 de la nacional y seguir a la izquierda otros diez kilómetros más. Pasados treinta minutos, entraba el coche en una nave industrial de un moderno polígono. Tenía una gran zona diáfana y otras dos zonas de oficinas, o algo parecido. En un momento dado, uno de los captores, se puso detrás del profesor y con un pañuelo, le tapó nariz y boca, durante quince o veinte segundos. Salgado inspiró y quedó inconsciente. Ambos discutían cargando las culpas el uno al otro, del error cometido. Finalmente decidieron que esa discusión no les llevaría a ninguna parte y acordaron hacer una llamada.

Sonó el teléfono en el despacho de Olga Astrid.

—Si — dijo secamente.

—Señorita Olga, soy Carlos — dijo el interlocutor — ha habido un error, un grave error.

—¿Qué error? — preguntó incrédula.

—Tenemos a otra persona. No es el profesor Ribau. Es un colega suyo que está muy relacionado con él. Y claro, no le hemos podido dejar ir sin más. ¿Qué hacemos con él? — Terminó diciendo Carlos, uno de los secuestradores.

—Pero, no estáis hartos de que se os diga que en cada una de las misiones no podemos delinquir ni lo más mínimo. — Se enfadó Olga — ¿Ha contado algo?

—Lo normal, son colegas pero sabemos que están unidos. Han comido juntos hoy, por eso nuestro fallo.

—Actuar con él como si fuese el verdadero Ribau, seguro que saben lo mismo los dos. — Y colgó sin despedirse.

Olga llamó a Laura. — Localízame a Carla y a Tony por favor. —Pidió la jefa — y que vengan ya a mi despacho.

—Sí, claro — contestó diligente Laura. Hizo las gestiones para localizarlos, y en quince minutos estaban ante Laura los dos.

—Pasad, os está esperando — indicó la guapa secretaria morena.

Laura intentó escuchar lo más que pudo acercándose a la puerta del despacho de su jefa discretamente y con mucho cuidado de no ser vista. Algo se podía entreoír. Hablaban de la cita que tendrían en una hora con Oliver Durán. Olga parecía estar usando un tono firme y malhumorado, o al menos eso interpretó Laura.

El profesor Ribau había quedado con Sahara en un parque cercano a su domicilio. La muchacha se desplazaba en bici hoy. Se encontrarían a las tres y media de la tarde, ya que la cita de Oliver era a las cuatro. El plan estaba preparado. A las cuatro y veinticinco minutos llamarían al móvil de Oliver. Estaban nerviosos, decidieron que fuese Sahara la interlocutora. Por si hubiese dispositivos de intercepción de llamadas, Ribau pensó que Sahara debía dirigirse a Oliver como si fuese una conversación real. Debía avisarle al joven de que su padre había sufrido un infarto y que debía salir inmediatamente hacia Sanchidrián, donde residían. El muchacho interrumpiría la reunión, y a esperar que pareciese creíble.

Oliver ya había cumplido sus rituales. Color de camisa, corbata, chaqueta, etc. Salió del octavo y bajó directo al sótano a por su moto. Se encontró a Alberto rondando por el parking y éste se acercó al joven dándole más conversación de lo habitual. Claramente quiso sonsacarle. Eran las cuatro menos diez cuando Oliver llegó a la recepción de GÉNESIS XXIII. Misma señorita, mismas preguntas, misma espera. Tras quince minutos, — adelante por aquí — Esta vez la recepcionista le acompañó por aquellas grandes instalaciones. Cuando llegaron a la segunda recepción, Oliver sonrió, vio una cara bonita que le gustaba, esta vez le pareció más guapa todavía. La otra compañera volvió a su lugar de trabajo en la entrada principal. Quedaron los dos cara a cara con el alto mostrador de por medio que le impedía ver la bonita silueta de su anfitriona, pero solo verla le fue suficiente para desviarle la mente hacia otros pensamientos. Se desconcentró de su tema pero le hizo bien. La joven le habló muy amablemente y le dio algo de conversación en espera de la llamada de Olga Astrid. Laura le advirtió, creyendo hacerle un favor, que se encontraría con tres personas allí dentro. El joven le agradeció el detalle. Él recordó que al salir el primer día, le llevaron por otro camino y sonrió y le dijo: cuando entre, ya no te volveré a ver, ¿verdad?

—Depende — contestó ella.

—¿De qué depende? — Y en ese momento apareció Carla.

—Por favor Oliver, pasa. — Y le indicó con la mano la entrada del despacho de su jefa.

Laura y Oliver se sonrieron y al pasar justo a su altura, Laura le dijo: — Nos vemos — sin que Carla pudiera apreciarlo. Él aprovechó ese instante para apreciar por detrás de ese mostrador, las elegantes curvas que Laura escondía tras el parapeto.

Olga Astrid presentó a sus acompañantes.

—Carla Hagebak. Además de mi asistente, es la Directora de *"Análisis Espaciales"* y Sistemas de Seguridad — Carla y Oliver se miraron y sonrieron con una leve inclinación de cabeza.

—Tony Smart. Director Técnico y Director de Proyectos. —Mismo proceso de gestos entre los dos hombres, pero en esta ocasión, Oliver reaccionó e improvisó y se levantó para ofrecerle la mano al otro. —Encantado.

Comenzaron a hablarle de la compañía, de su historia y de proyectos que no llegó a entender muy bien. Fueron fundados a mediados del siglo XX y tenían pedidos de clientes hasta mediados del XXI, según aclaró el Director de Proyectos, el señor Smart. Carla habló poco. Olga sin embargo sí lo hizo y en buena medida, hasta llegar un punto en que Oliver se sintió abrumado. En medio del aluvión de datos y de información, Olga le habló de su responsabilidad, de la de Oliver, al tiempo que le confirmó su contratación por medio de un contrato por obra. Ya le dirían luego las condiciones económicas. Siguieron haciéndole preguntas de su pasado, de su árbol genealógico. Le extrañó. Los tres usaban una técnica de no dejarle reaccionar, y así todo transcurría muy deprisa. Siguieron preguntas sobre sus hobbies, sus construcciones medievales, preguntas sobre creencias astrológicas, fenómenos paranormales, y cosas así. Ellos querían llegar a su objetivo, *"Viajes en el tiempo"*. Iban punteándole un poco aquí, un poco allí y así el muchacho iba entrando en situación. Pero Oliver seguía sin poder ordenar todo aquello. Pasaron a exponerle las normas de la compañía, los horarios y otros temas internos. En ese momento, sonó un teléfono, un tono de música electrónica. Se produjo un silencio solo roto por la sintonía del dispositivo. Tres repeticiones del tono y Oliver dijo: — Disculpen, es una aplicación por la cual

solo me saltan llamadas de carácter súper urgentes — dijo el joven. —Debo cogerlo — continuó diciendo.

—Soy Sahara, tengo que darte una noticia urgente.

—Sí, dime, dime — contestó Oliver, al tiempo que ponía cara de angustia.

La muchacha dijo lo que tenía que decir y se despidió. Él colgó.

—Tengo que irme. Ahora, ya. — Dijo con seguridad.

—Pero, ¿qué ocurre? Estamos en la parte definitiva de la contratación. Tenemos los documentos encima de la mesa. — Dijo Olga totalmente sorprendida.

—Mi padre. Debo ir ahora, ya. Ha sufrido un infarto. — Y se levantó disculpándose y proponiéndoles volver el lunes próximo.

Los tres quedaron desorientados, desconcertados, sin saber qué hacer.

—De acuerdo, vente el lunes a las once. Te esperamos. Que se recupere tu padre. — Terminó diciendo Olga Astrid.

—Adiós — se despidió y cerró la puerta del despacho.

Interpretó el papel de su vida. Ni siquiera en la obra de teatro del curso de primero de bachiller, donde interpretó a Don Juan Tenorio, le salió tan creíble.

La guapa secretaria no estaba en su puesto, en su lugar había otra mujer esperándole para acompañarle a la salida. No le esperaba tan pronto. El joven fue acompañado por la señorita con su bata verde manzana, por otro recorrido diferente al de la primera vez. Laura apareció detrás de un pasillo lateral del despacho de su jefa, donde había permanecido intentando pegar la oreja todo lo que pudo. La mujer se hizo una idea de lo hablado allí dentro.

Los nervios de Sahara y en menor medida de Ribau, iban disminuyendo a medida que pasó el tiempo. Como Oliver viajó en moto, no tuvo ocasión de ir avisando a sus amigos. Cuando llegó a la zona donde vivía Sahara, paró e hizo una llamada a su amiga.

—Ya estoy aquí — dijo Oliver suspirando fuertemente.

—¿Dónde, dónde estás? — le contestó ella.

—Debajo de tu casa, frente al portal.

—Buff, es que estamos el profe y yo en el Parque de Berlín, al lado de su casa — le aclaró.

—Está bien, en cinco minutos estoy allí, no queda lejos.

Pasados unos minutos, Oliver tocó el claxon de su scooter y sus dos amigos se dieron la vuelta y acudieron a él con prontitud. Sahara instintivamente, le dio un fuerte abrazo. Sintió un desahogo al hacerlo, él también. La chica y el profesor habían estado conversando sobre todo lo que Ribau conocía y le advirtió, que esa gente era peligrosa. Ella estaba asustada.

—Subamos a casa — propuso Ribau.

Sentados los tres, cervezas en la mesa y aperitivo. Eran las cinco y cuarto de la tarde.

—Cuenta, cuenta — Dijo el profesor

Oliver habló todo lo que pudo. No quería dejarse nada en el tintero. Según recordaba y les contaba, iba asombrándose él mismo, con las preguntas y los temas tocados por sus futuros jefes.

—Me pregunto ¿de qué va esta empresa? No he visto nada tan raro jamás — dijo Oliver y bebía su segunda cerveza. Se notaba acalorado por los nervios del momento.

—Ya os dije que esta gente se dedicaba a proyectos muy peligrosos — avisó el profesor mientras daba un trago y picoteaba el aperitivo.

Había grabado las instalaciones, los puestos de trabajo tras las vitrinas, hombres por un lado, mujeres por otro, las batas verde manzana y la segunda recepción, aunque aquí la grabación se extendió más de la cuenta en una persona. Ya hablarían de todo esto. Y grabó dentro del despacho a las tres personas que tenía enfrente, y también grabó algo, no mucho, de las conversaciones. Tenía miedo a ser descubierto. Ribau mientras, iba recogiendo toda la información.

—Pero señor Ribau — dijo el muchacho. — necesito que cuente también usted todo lo que sabe de esta empresa. Me tiene en ascuas y más ahora con lo que he visto allí. Cuénteme.

—Voy a por más cervezas — dijo Ribau, mientras se levantaba a por más bebidas en dirección a la cocina.

Sahara y Oliver se miraron. Ella ya sabía todo lo que le había adelantado el profesor. Pero había más, mucho más. El profesor sugirió, en lugar de sentarse en el salón, que lo hiciesen en una sala de estar, para poder desplegar sobre la mesa, toda una serie de documentos. Los tres se acomodaron en sillas y Ribau comenzó a ponerles en antecedentes. Les introdujo en la historia y la fundación de esta organización. Soltó algunos nombres que a los jóvenes le sonaron a chino. Él los conoció cursando su último curso universitario. Por aquellos años, hace ya al menos cinco lustros, Félix Ribau era un asiduo a las charlas sobre fenómenos en el espacio y en el tiempo. "*El pasado casual*". En una de estas charlas, fue donde conoció a Javier Salgado, otro loco de los fenómenos inexplicables. Fraguaron una buena amistad. Ambos comenzaron a indagar en una organización de origen noruego, que parecía ser la más puntera en el tema. Llegaron a obsesionarse tanto que incluso perdieron un curso académico, por no dedicarle el tiempo necesario a sus estudios y a sus asistencias a clase. El entramado de la organización, se enturbiaba conforme avanzaba el tiempo. Los dos amigos iban sacando sus propias conclusiones, aunque nunca eran demostrables. Llegaron a sospechar que su objetivo era enviar objetos al pasado. En alguna ocasión sus preguntas e indagaciones incomodaron y sufrieron presiones y algún que otro toque de atención, para que se alejasen de ellos. Tuvieron sospechas del retorno de algún objeto lanzado, pero no era muy verosímil para el mundo científico. Con el paso del tiempo llegaron a saber que la idea era sustituir los objetos por seres. Seres vivos. En esta fase de investigaciones, fue donde Javier Salgado decidió desmarcarse, ya que, hubo quien dejó entrever que algunas de las muertes que se produjeron por entonces, podían estar relacionadas con todo aquello. El miedo le hizo abandonar. No así a Félix Ribau, que durante algunos años más, siguió investigando.

Oliver y Sahara, no podían creer lo que escuchaban. El profesor apoyaba su relato con imágenes, recortes de revistas y alguna fotografía. Aportó una serie de nombres, lugares y objetos que daban base a sus sospechas. Sahara y Oliver apenas parpadearon. Durante más de media hora, el profesor expuso sus teorías sobre la organización. Realmente conocía de lo que hablaba e intentó hacerle ver a Oliver, dónde se podía meter. En otro sentido, pensó Ribau, que si su alumno pasaba a ingresar en la plantilla de GÉNESIS XXIII, podría sacar información de sus avances y de sus propósitos. Faltaba saber ¿en qué trabajaría allí Oliver? Otras

dudas que le surgían al profesor, eran ¿cómo resultaría la otra entrevista en Barcelona?, ¿qué le propondrían realizar y en calidad de qué? Pensó en darle algunas directrices al muchacho, para su próxima entrevista. Ribau cerró las tres carpetas que había desplegado sobre la mesa, se recostó en su silla hacia atrás y calló. Sahara y Oliver se miraron sin saber que decir. Las cervezas se habían quedado calientes, señal de la concentración que pusieron en la exposición del señor Ribau. Pasados dos largos minutos, el joven rompió el silencio.

—¿Y yo, qué pinto en todo esto?, supongo que me querrán contratar como un simple informático, sin más.

—Eso sería los más normal — dijo Ribau — pero si al mismo tiempo, también te llama la única organización que les hace frente a día de hoy en toda Europa y te quiere ver urgentemente, ¿qué me dirías? Recuerda que te hacen acudir a Barcelona, a pesar de ser día festivo. ¿También te parece eso normal? — concluyó el profesor.

—Puede ser una casualidad, es él quien ha enviado su currículum a las empresas — dijo Sahara, intentando auto convencerse de algo que ni ella se creía.

—No sé, ¡¡puff!! — resopló Oliver llevándose las dos manos a la cabeza mesándose el cabello y echándoselo hacia atrás.

Los tres se centraron ahora en preparar la cita que mañana tendría Oliver. Aprovecharon para picar algo mientras el joven le pasaba el video que había grabado en las oficinas de GÉNESIS XXIII. Así el profesor podría analizar las imágenes y el audio. Alrededor de las nueve de la tarde, concluyeron y cada uno marchó a su casa. El muchacho tenía que preparar maleta, pues también tenía que llevar sus enseres para competir el domingo en Zaragoza. Sahara le comentó que no podría ir a verle competir.

Oliver tenía un patrocinador deportivo, que le pagaba una cantidad para ayuda de su manutención, le daba toda clase de ropa deportiva, y le pagaba todos los gastos que conllevaban sus competiciones; gastos de hotel, viajes y cualquier otro gasto que surgiera. Además se encargaban de transportarle en furgoneta, la bicicleta o cualquier otro material que no pudiese llevar consigo mismo. Cuando el joven llegó a casa sobre las nueve y media de la noche, le esperaba una furgoneta, que efectivamente se encargaría de cargar la bici y demás material con destino al hotel de Zaragoza, que previamente le habían reservado. El conductor del

vehículo cargó todo y le entregó a Oliver un sobre con la documentación del hotel, la reserva, dirección, los dorsales para la competición y algunos productos especiales para alimentarse ese día. Se despidió del conductor y quedaron en verse allí, en el Hotel Ducal a primerísima hora del domingo.

Félix Ribau, insistía marcando los teléfonos de su colega. Le pareció inusual que no contestase ni al móvil, ni al fijo. Pasados treinta minutos, volvió a insistir con el mismo resultado. Se preocupó.

Mario había pasado la tarde con Brigit, pero muy pendiente del teléfono. De hecho, tuvo que atenderlo en tres ocasiones. El encuentro con su chica fue intenso, aunque interrumpido por sus asuntos laborales en esas tres llamadas. Era tal la química que iba surgiendo entre ellos, que las interrupciones, no les hicieron perder la intensidad de su encuentro. Por segunda vez subieron al apartamento de Brigit. Hacía muchos años que él no sentía el hormigueo en el estómago, como le estaba sucediendo estos dos últimos días. Comenzó a preguntarse, si era deseo, o si estaba empezando a enamorarse. — Demasiado pronto. — pensó. Pero hizo cosas que solo recordaba haberlas hecho, cuando apenas era un joven veinteañero. Esto le preocupó. Sin embargo ella, parecía llevarlo con más naturalidad, más madurez. Mario tenía previsto coger uno de los últimos vuelos del puente aéreo a Barcelona. Así lo hizo. Su avión despegó a las doce y cuarto de la noche.

Sonaron pasos en la oscura estancia donde Salgado estaba adormilado. Se sobresaltó, se había quedado traspuesto, pensó. Se incorporó y en ese instante se abrió la puerta de una especie de despacho, donde había permanecido toda la tarde encerrado. Uno de sus captores le traía en una bolsa de esas de hipermercado, algo de comida. Un par de sándwiches, una porción de empanada, una ensalada de las que ya vienen envasadas y preparadas y un yogurt. El hombre le dijo que esperaban una llamada en breve y le dejarían ir.

—¿Saben que están cometiendo un delito? ¿Qué coño queréis y que demonios os traéis entre manos? — siguió preguntando con un tono cada vez más enfadado.

A Carlos, el otro captor, le sonó el teléfono.

—¿Le habéis sacado algo? — preguntó Olga.

—No. Parece un simple profesor, nada más.

—Está bien. Ponedle una dosis de veinticuatro horas y devolvedle al centro de la ciudad. Aseguraos que no sepa más de vosotros. Tomad todas las medidas para que no vea absolutamente nada. — Y colgó.

Carlos entró en la sala donde tenían a Salgado. Ordenó a su compañero que saliera con él. Cerraron la puerta con llave, dando dos vueltas a la cerradura y se alejaron lo suficiente para no ser escuchados por Salgado.

—Debemos meterle una dosis de NR de veinticuatro horas. Esperamos dos horas y le vendamos los ojos para dejarle en el centro de Madrid. — Le explicó Carlos al otro hombre. Carlos se dirigió a otra estancia, donde guardaban en frigoríficos, frascos con no se sabe qué. Tomó uno de ellos y una jeringuilla metálica de tipo pistola. Él era más corpulento que Edgar y propuso sujetarle y que tomase la jeringuilla Edgar para inyectarle la dosis en un brazo. Así lo hicieron. A salgado no le dio apenas tiempo a oponer resistencia. Tras sujetarle durante medio minuto, terminó desvaneciéndose. Carlos le fue dejando caer poco a poco acompañándole, en un sillón de tres plazas. Le habían metido en vena una dosis de un tratamiento que actuaba sobre el cerebro y te hacía olvidar las últimas veinticuatro horas de tu vida. Haría efecto pasadas unas tres horas desde haber sido inyectada, cuando despertara.

Los dos hombres dejaron pasar solo dos horas, después cogieron el cuerpo inerte del profesor, le arrastraron por la nave y le introdujeron en el asiento trasero del vehículo. Esa hora de margen les facilitaría el trayecto, sin correr el riesgo de que despertase antes de llegar al destino. Eliminaron todo rastro del interior de la nave y salas utilizadas, cerraron todo y se metieron en el coche. Carlos conducía y Edgar en el asiento trasero, vendó los ojos del profesor, que aún permanecía inconsciente. El vehículo se iba acercando a la ciudad, no a mucha velocidad, más bien lento. Debían asegurarse que el efecto de la dosis, cumpliese los plazos y cuando abandonasen a Salgado, éste debía despertar pasado un tiempo prudencial, para que los dos hombres hubieran desaparecido. Luego, despertaría, pero no recordaría absolutamente nada de sus últimas veinticuatro horas. Por tanto, su recuerdo último, sería la noche anterior en su domicilio. No iba a existir ni la nave, ni el secuestro, ni los dos hombres, ni el encuentro al salir de clase con su colega el profesor Ribau, ni

su comida con él, ni su conversación. Eso sí , se preguntaría, ¿qué demonios hacía en el centro de Madrid, a las dos de la madrugada, sentado en un banco? Y así fue, pasadas las dos y cuarto de la noche, Salgado comenzó a abrir los ojos, no sin cierto esfuerzo. Miró a su alrededor, extrañó el lugar y su cerebro puso en marcha una acto de retroalimentación de su memoria, llegando a recordar que se había acostado a las doce y media de la noche y no entendía qué hacía aquí. Llegó a pensar que soñaba, pero se palpó la cara, se frotó los ojos y miró el reloj. Echó mano al teléfono y comprobó que estaba apagado. Cuando lo encendió, vio por fin la hora y la fecha, entonces quedó perplejo, pensaba que era la noche del miércoles, pero no.